

do no poder existir conciliación ninguna posible entre dos partidos, que por su historia y por sus tendencias, caminan diametralmente opuestos uno y otro.

Pero hay más, el Gral. Díaz jamás ha consentido que á su administración penetren hombres de caracter; podemos decir, sin equivocarnos, que todo el engranaje administrativo que se extiende desde la Baja California hasta la península de Yucatán, está formado de materias pasivas que solo se ponen en movimiento al mandato del Presidente.

El Gral. Díaz, para gobernar solo y ser el único amo, como ha sido, se ha rodeado de un círculo de autómatas, de hombres que no tienen más voluntad que la del jefe; de hombres sin iniciativa y perdidos completamente para todo lo que signifique energías particulares y activas, en una palabra, se ha rodeado de hombres sin caracter; de hombres sin voluntad propia; de hombres que siempre podrán ser mandados y obedecer, pero que nunca podrán mandar, y por lo mismo nunca podrán llegar á ocupar la suprema magistratura del país.

Además, en la política actual abunda el militarismo, y la nación está cansada de acicates y de machetes, como hastiada también se encuentra de sotanas y sobrepellicos. La nación no quiere sufrir más la pesadumbre del militar ni la del fraile; no apetece más la opresión de esas dos clases, que siempre han vivido en consorcio para arrebatarse las libertades y disponer á su antojo de las vidas y haciendas de los ciudadanos; la nación quiere ser libre para que sus hijos practiquen sus derechos y haya fraternidad y orden:

De modo, que ni el elemento oficial, ni el militarismo, ni el clericalismo, podrán proporcionarnos el candidato apotocido. Hay que buscarlo entre la clase productora, esa clase que vive independiente y que no tiene compromisos de ninguna clase con el actual modo de cosas.

De entre esa clase debemos escoger el candidato, porque en ella no han entrado aún las perversiones que engendran las políticas despóticas, precisamente porque

odia el despotismo y porque alejada de la política, en virtud de no querer transigir con el enemigo jurado de la libertad, que es el clero, y con las prácticas antidemocráticas que han convertido en imperio á una nación libre, se ha resignado á esperar la reacción del espíritu público, que en vibrantes y enérgicos conceptos, haga saber á la nación y á todo el mundo las nobles aspiraciones del pueblo, que suspira por sus muertas libertades y sus ultrajados derechos.

Pero el candidato que debemos proponer todos los que nos consideramos como verdaderamente liberales, debe ser un hombre de temple; un hombre de energías viriles y enérgicas, que tenga una voluntad tan grande, capaz de desconcertar á sus enemigos políticos, en una palabra, necesitamos un hombre de caracter, pues que el pueblo está cansado de dar su voto á ciudadanos que por debilidad y falta de valor civil, ocurren al Presidente para hacerlo presente su incondicional adhesión, sin preocuparse que al pueblo, que es el soberano, es á quien deben ofrecer esa adhesión y no al Presidente, que es solo un servidor de ese mismo pueblo.

Hay, pues, que proponer un hombre que esté resuelto á soportar la crítica canallesca y los ataques de sus adversarios políticos. Debemos proponer un candidato liberal.

Seríamente llamamos la atención de los ciudadanos honrados, acerca de lo que hemos expuesto. Urge estar prevenidos para evitar, en caso de que la enfermedad del Gral. Díaz tenga un resultado fatal, que cualquier ambicioso sorprenda á la Nación.

Bien comprendemos, que cuanto hemos dicho, con entera franqueza y sobrada lealtad, nos acarreará las iras y las imprecaciones de las hojas semioficiales y de las oficinas, que llamarán antipatriótica nuestra labor, tachándonos de malos mexicanos. Esa es el arma de los asalariados, de los que no tienen energías ni aptitudes para vivir una vida independiente y honrada, se arriman á la administración para recibir pan por denuestos, unos cuantos cobres por aplaudir y agasajar á gobernantes.